

RESEÑAS

LAIA MANONELLES MONER, *Arte experimental en China. Conversaciones con artistas*, Barcelona, Bellaterra, Biblioteca de China Contemporánea, 2011, 258 pp.

Si nos trasladamos por un momento al año 2008 podremos recordar el increíble desembarco de arte contemporáneo chino en España que tuvo lugar ese año. De entre las numerosas muestras destacaron *Vermell a part/Rojo a parte*, que exhibió un conjunto importante de piezas de la colección Sigg en la Fundación Miró; *Zhu Yi!*, en la Virreina de Barcelona y en Artium-Vitoria, donde se daba cuenta del fascinante panorama ofrecido por fotógrafos y artistas de acción; o *The Real Thing*, en el Instituto Valenciano de Arte Moderno, que incluía una muestra representativa en diferentes soportes.¹ Estos acontecimientos situaron a España a la cabeza de la difusión e interpretación del arte contemporáneo chino, junto a otras ciudades europeas y norteamericanas. Cuatro años más tarde, esa confluencia de arte chino en España se revela coyuntural y reactiva, una dimensión más de la moda de la nueva China, que se percibía en proceso de apertura al mundo (occidental) con unos Juegos Olímpicos y una Exposición Universal.² Con la excepción de Ai Weiwei, cuya presencia mediática se debe en gran medida a cuestiones paraartísticas, escasos creadores chinos han logrado hacerse un hueco en nuestro vocabulario y referentes artísticos. Dada la calidad e interés de muchos artistas chinos —y asiáticos, notemos ya de paso—, cabe achacar esta triste circunstancia tanto a la intermitencia del interés

¹ Hay que destacar la pionera exposición en el Centre d'Art Santa Mònica barcelonés en 1995, *Desde el país del centro: vanguardias artísticas chinas*, comisariada por Inma González Puy, o la muestra de Zhang Huan en la Fundación Telefónica de Madrid en 2007. Asimismo, debe mencionarse el trabajo contemporáneo de las galerías, como el desaparecido Espai Ample de Barcelona y la madrileña galería Dolores de Sierra.

² En la actualidad, cabe notar el Iberia Center for Contemporary Art, en Beijing, que ha establecido productivas colaboraciones con instituciones españolas, o la reciente galería Gao Magee, de Madrid, dedicada exclusivamente al arte chino contemporáneo.

institucional como a la parquedad de la respuesta editorial y académica. Sólo por ello, el libro que presentamos, además de confirmar la valiosa tarea de investigación de Laia Manonelles durante los últimos años, significa una importantísima aportación a la difusión y el conocimiento del arte contemporáneo chino en el mundo hispanohablante.

Arte experimental en China no es una antología, un texto definitivo sobre artistas chinos de vanguardia ni sobre el arte de las últimas décadas. Este tipo de textos tienen sus virtudes, y hay espacio y acaso necesidad para un libro así en español, aunque se tratara de una traducción.³ El libro de Manonelles recoge, en un solo volumen, transcripciones de las conversaciones que la autora ha mantenido con artistas, críticos y comisarios chinos a lo largo de cuatro años. Entrevistas que la autora se vio casi obligada a emprender durante su tesis doctoral, dada la escasez de materiales publicados, y que comprenden un amplio abanico de temas y cuestiones cruciales alrededor de la creación artística más radical en China. Hasta la fecha, parte de estos materiales se podían encontrar en la revista *Lápiz* (núms. 227, 235) o en formato videográfico (mediatecas de Casa Asia y Artium). La apuesta de Ediciones Bellaterra (dentro de su Biblioteca de China Contemporánea, dirigida por Joaquín Beltrán) recopila un material muy valioso para todo aquel que, investigador o no, tenga interés en el fenómeno del arte contemporáneo chino, y en particular en el más vanguardista y experimental, el arte de acción o performance.

Como libro de entrevistas cuenta con significativos antecedentes, eso sí, para el lector de inglés y chino. Por ejemplo, *Chinese Artists, Texts and Interviews* (Hong Kong, Timezone 8, 2002), coeditado por Uli Sigg, Harald Szeemann, Alanna Heiss y Ai Weiwei, incluye entrevistas con artistas como Xu Zhen o Gu Dexin. Directamente centrado en el género de la entrevista es *China Talks* (Hong Kong, Timezone 8, 2009), del comisario

³ En inglés, destacamos *Reinterpretation: A Decade of Experimental Chinese Art: 1990-2000* (Guangzhou, Guangdong Museum of Art, 2000) y *Making History: Wu Hung on Contemporary Art* (Hong Kong, Timezone 8, 2008), de Wu Hung; *Inside Out: New Chinese Art* (Berkeley-San Francisco-Nueva York, University of California Press, 1998) y *The Wall: Reshaping Contemporary Chinese Art* (Buffalo, Albright Knox Art Gallery, 2006), editados por Gao Minglu; o *Nine Lives: The Birth of Avant-Garde in New China* (Hong Kong, Timezone 8, 2008), de Karen Smith.

Jérôme Sans (Ullens Center for Contemporary Art, Beijing), donde dialoga con 32 artistas; entre ellos, Xu Bing, Ai Weiwei o Yan Pei-ming, además de muchos de los presentes en el libro de Manonelles. En este sentido, algunos lectores de *Arte experimental en China* pueden echar en falta nombres “grandes”, como Cai Guoqiang o Ai Weiwei. Su ausencia se debe a las dificultades de acercamiento a los megaestrellas, como lo son, actualmente, ellos (por no hablar de condiciones excepcionales, pero tristemente habituales, como la reciente detención de Ai Weiwei).

Por otro lado, la selección de artistas revela cierto interés en una serie de temas y actitudes frente al arte y la vida, comunes en los distintos artistas, así como conexiones generacionales importantes, como la mayoritaria pertenencia al colectivo del East Village, de Beijing. Numerosos creadores vivieron su educación artística y sentimental en ese villorrio, entre basuras, retratado por el fotógrafo Rong Rong, uno entre muchos de los que llegaron de provincias y encontraron allí espacios de libertad creativa y amistad, a la vez que penuria económica e incompreensión social. En su entrevista, Wang Qingsong comenta cómo “no nos sentíamos seguros nunca en nuestras vidas: del gobierno recibíamos presiones y los vecinos locales no nos entendían” (p. 179). Por su parte, Li Wei establece un vínculo entre las acciones pioneras de Zhang Huan o Ma Liuming y las duras condiciones en el East Village. Ambos comentarios apuntan a una cuestión crucial, que la entrevistadora plantea repetidamente a sus entrevistados: ¿puede el arte experimental chino mantener su energía, su fuerza e interés en la actualidad? ¿Es posible crear obras igualmente fascinantes o provocadoras cuando ahora se conduce un Audi y se cobra en millones de dólares, cuando muchos artistas han cambiado las chabolas del Village por los *lofts* del distrito artístico 798, un “lugar premeditado”, según Can Xin, o también “un parque temático”, según Wang Qingsong?

Saquémonos de encima antes que nada, pues, el espectro de la mercantilización del arte chino. Es sabido que artistas como Zhang Xiaogang, Zhang Huan o Yue Minjun han alcanzado cotizaciones astronómicas. En 2007 salía a la luz el caso de la colección Estella, finalmente subastada por Sotheby's por unos

18 millones de dólares. Un informe del Instituto Español de Comercio Exterior⁴ arrojaba un incremento en los precios del arte de 440% en tan solo cinco años. Sin duda, los mercados internacionales del arte se revitalizaron en los noventa con el filón chino, que proveyó de nuevos actores, de una actualizada mirada crítica y de alta rentabilidad a coleccionistas, inversores e instituciones. Estos mismos agentes, unidos a las condiciones específicas de la práctica artística china (como la tendencia a la serialización), contribuyeron a poner en funcionamiento una espiral vertiginosa de producción, intereses ideológicos y precios, en la que el valor artístico no siempre fue lo más atendido.

Así las cosas, la lectura de *Arte experimental en China* es aún más enriquecedora, puesto que, sin obviar este contexto, el libro se centra en los artistas chinos capaces de “amalgamar la experiencia estética y ética, el arte con la vida” (p. 9). Ya en su tesis doctoral la autora percibía en los artistas chinos de acción “la fuerza transgresora de las primeras y de las segundas vanguardias artísticas”.⁵ En cierta manera, pues, esta visión emparenta la aproximación de Manonelles con la influyente opinión del crítico suizo Harald Szeemann, para quien el arte contemporáneo de China surgía de una subversividad, de una “rebeldía subcutánea” que había desaparecido del arte euroamericano tras el Mayo del 68. Como es sabido, la valoración de Szeemann abrió el camino del arte contemporáneo chino hacia la Bienal de Venecia y, de allí, al mundo del arte global.

No obstante, y ya en la introducción del libro, Manonelles advierte de los peligros de acercarnos al arte chino armados con categorías occidentales, así como de proyectar, más o menos inconscientemente, agendas estéticas e ideológicas propias, otro de los temas que aparecen repetidamente en las entrevistas. En este sentido, el sucinto texto introductorio, en absoluto una contextualización al uso, pues esa información se dosifica en las entrevistas (de especial interés, en este sentido, son las entrevistas finales con críticos e historiadores), es un aviso para

⁴ Oficina Económica y Comercial de la Embajada de España en Pekín, *El mercado de arte en China* (nota elaborada por Gabriel Vigil García), Instituto Español de Comercio Exterior, Notas Sectoriales, mayo de 2007, p. 13.

⁵ “El arte de acción como terapia y subversión. Peregrinaciones en el arte contemporáneo”, tesis de doctorado, Universidad de Barcelona, 2009.

navegantes a fin de delimitar el campo de minas conceptual y epistemológico que puede suponer el arte chino. Atinadamente, Manonelles sitúa el arte contemporáneo chino en una encrucijada de vectores: geográficos (de China a Europa, de Hong Kong a Venecia pasando por Nueva York y Singapur y Basilea), temporales (de Beuys a Sartre y Buda, y del situacionismo de vuelta a Duchamp pasando por la Revolución Cultural y Warhol), así como culturales y económicos. El mismo título parece advertir de la superación del mercado nacional en un arte que viaja constantemente: hasta cierto punto, incluso arte *en* China (y no *de* China) sea insuficiente: la migración (según el crítico Hou Hanru) o el nomadismo (según el historiador Wu Hung) son parte esencial del arte chino contemporáneo, hasta el punto que muchas de las obras más conocidas del arte chino han sido concebidas, expuestas mayoritariamente y finalmente vendidas fuera de las fronteras de la República Popular China.

El género de la entrevista favorece precisamente una reterritorialización de las obras, ya no en un país o continente, sino en una serie de experiencias compartidas, en unos referentes culturales o filosóficos, y en una práctica artística paralela. A la vez, y pese a las similitudes en los temas, formación o intereses, las conversaciones revelan diferencias importantes entre los artistas, un interés distinto en aspectos de la creación, de las influencias o de la articulación conceptual. En las respuestas de los artistas, motivados por preguntas nunca estériles, se entrevén las energías artísticas del arte chino contemporáneo.

En ocasiones, la conceptualización de los artistas sorprende (asimismo, la traducción podría haberse cuidado algo más, pues la ausencia de una corrección de estilo simplifica unas respuestas que se intuyen más sofisticadas en origen): Song Dong, por ejemplo, ilustra la dinámica existencia-inexistencia en su obra como sigue: “en mi infancia no podía ir en una bicicleta nueva y ahora puedo conducir mi coche. Estos cambios entre no tener y tener en los últimos veinte años me han influenciado mucho. No hay diferencia entre la existencia y la inexistencia” (p. 145). Mis propias expectativas se vieron sorprendidas (en un correctivo ante la proyección eurocéntrica) al encontrar escasas alusiones a influencias extranjeras (no se comentan las

visitas a China de Robert Rauschenberg, en 1985, o de Gilbert y George, en 1993) mientras, por otro lado, artistas de práctica experimental se remiten reiteradamente al pensamiento chino tradicional. En comparación con la radicalidad de sus obras, y los planteamientos de artistas de acción internacionales, sus ideas pueden parecer conservadoras. Los Budas de Wang Qingsong, tullidos y acicalados con los nuevos artículos de culto (latas de coca-cola o celulares), no buscan acabar con los dioses, sino lo contrario: demandan más espiritualidad, más Buda. Nos encontramos con diferencias de contexto cultural muy productivas. La crítica de Žižek, citada en la introducción, en la que el filósofo advierte lo paradójico de quienes apuntamos los horarios de la clase de yoga en nuestros *ipods*, no funciona necesariamente en China, donde budismo, taoísmo y, obviamente, confucianismo se encuentran muy a gusto en el contexto de la riqueza material. Ante estas diferencias y paradojas, que en parte son las de la sociedad china contemporánea, el camino es el del libro: dar la palabra, afrontar las obras con curiosidad y sin discursos cerrados y dejar que se siga tejiendo una narrativa polivocal.

De entre la multitud de temas, motivos y recurrencias —el cuerpo, la memoria, la ciudad en transformación, la violencia, entre otros—, resultan particularmente sugerentes los encuentros diacrónicos y transculturales en el arte de acción chino, como el de la tradición budista con el dadaísmo (del grupo Xiamen Dadá) o el del chamanismo manchú y las formas de subjetividad posmoderna en la obra de Can Xin. También destacamos al crítico Gao Minglu, quien en su entrevista apunta hacia formas específicas del ritual en China, una idea bien relevante habida cuenta de la vinculación del performance con el ritual, desde sus inicios. Según Gao, el performance chino no incluye nunca sonido, música ni palabra: frente al ditirambo extático o la corporeización del verbo, el performance chino se vincula al cuerpo colectivo, al “gesto socializado”. Sirva éste como ejemplo del grado de penetrante reflexión que el libro aporta al, a menudo, frenético mundo del arte contemporáneo chino. Las entrevistas, realizadas durante cuatro años, resumen la maduración crítica con la que Manonelles saca a la luz corrientes subterráneas cruciales en el arte chino. *Arte*

experimental en China es un libro vivo y abierto, una sugerente ventana a las condiciones y contradicciones de la experiencia artística más radical en el siglo XXI.

XAVIER ORTELLS-NICOLAU
Universidad Autónoma de Barcelona

JUAN JOSÉ RAMÍREZ BONILLA, DANIEL TOLEDO BELTRÁN Y CARLOS USCANGA PRIETO (coords.), *Japón ante la nueva configuración de Asia del Pacífico: proactividad y reactividad ante un orden internacional fluido*, México, El Colegio de México, 2011, 274 pp.

“El siglo XXI será el siglo del Pacífico” es una afirmación común en la literatura contemporánea sobre relaciones internacionales, ya que la región del este asiático experimenta, desde la década de 1970, un dinamismo económico-comercial que posibilitó una rápida industrialización y urbanización en países que anteriormente se consideraban con altos grados de población marginada, desempleo y pobreza. Recordar los “Tigres asiáticos”, Japón y el Modelo del Vuelo de Gansos, y ahora el desarrollo pacífico de China.

El periodo conocido como Guerra Fría impulsó una aceleración económica intensa en Estados Unidos, que lo hizo posicionarse como la hegemonía económica global; sin embargo, la misma dinámica mundial hizo de Japón un punto clave para la política anticomunista de Washington, y estimuló una rápida industrialización y crecimiento económico en el país insular asiático que se configura como una aportación histórico-económica, el toyotismo, y un periodo de referencia para el estudio de las relaciones económicas mundiales: el milagro japonés.

Japón, desde la década de 1960 hasta 2010, se ostentó como la segunda potencia económica internacional, e incluso construyó la idea de que en cualquier momento removería a Estados Unidos del primer lugar, mediante la promoción de una hipotética *Pax Nipponica* en el sistema global. No obstante,

recién ha sido catalogado en un tercer lugar, al ceder el paso a China, sin que por ello su importancia mundial —ni qué decir regional— haya disminuido.

Tal es la idea que refleja la obra colectiva *Japón ante la nueva configuración de Asia del Pacífico: proactividad y reactividad ante un orden internacional fluido*, que los profesores Juan José Ramírez, Daniel Toledo y Carlos Uscanga, investigadores especialistas en la región de Asia del Pacífico, se encargan de coordinar. Un libro que reúne textos de naturaleza eminentemente económica, y manifiestan una serie de ideas que bien podrían ser sintetizadas en una sola noción: la presencia de Japón es vital para el dinamismo comercial de la región.

La obra consta de prólogo, tres apartados y un epílogo; en el prólogo, Juan José Ramírez y Daniel Toledo exponen los límites que enfrenta el gobierno japonés para proyectar su política exterior de manera completa; argumentan que ha dejado de ser un actor predominante para convertirse en uno de los actores importantes del proceso de integración regional al asumir una actitud reactiva más que proactiva (p. 33). Además, se dan a la tarea de introducirnos en cada uno de los textos que componen las tres partes centrales del libro.

En la primera parte, Melba E. Falck Reyes, investigadora de Estudios del Pacífico de la Universidad de Guadalajara, analiza la evolución del papel de Japón en la integración económica regional a través de dos vertientes: la inversión extranjera directa y los flujos comerciales; defiende la hipótesis de que, como la economía más desarrollada de Asia, Japón utilizó su liderazgo tecnológico y su capacidad productiva y organizacional para impulsar la llamada “fábrica del mundo” (p. 37).

Sobre la primera vertiente, la autora vincula el creciente nivel de la inversión extranjera directa con la transnacionalización de las empresas japonesas en Corea del Sur, China y los países de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (Ansea), lo que contribuye a la consolidación de la red de producción intrarregional. Lo anterior también está ligado a tres importantes factores: el efecto negativo de la revaluación del yen en materia de exportaciones, el superávit con Estados Unidos y el consecuente traslado de empresas japonesas a territorio estadounidense para evitar barreras comerciales, y, por

último, la tendencia mundial que se dio en la década de 1985-1995 de un mayor auge de la inversión extranjera directa como fuente de financiamiento para el desarrollo (p. 49).

Sobre la segunda vertiente, Falck Reyes describe la materialización de un comercio de tipo triangular donde prevalece el comercio de bienes fundamentalmente intermedios, lo que a su vez, en aras de intensificar los intercambios comerciales de este tipo destinados básicamente a la exportación, ha propiciado el auge de acuerdos de libre comercio o de asociación económica. La autora concluye que las compañías japonesas, más que el gobierno, desempeñan un papel clave en el desarrollo del proceso de integración regional, que se refleja en acuerdos de libre comercio o de asociación económica de tipo bilateral y regional.

En la segunda parte de la obra, Mireya Solís, con su artículo "La economía política de Japón sobre acuerdos comerciales", busca dar respuesta a una serie de interrogantes que implican la preferencia de Tokio de establecer acuerdos bilaterales, en lugar de aquellos multilaterales pilares de la Organización Mundial del Comercio; trata además la apertura del mercado japonés, y las áreas en las que el país asiático ofrece un enfoque único a la integración económica regional.

Sobre la primera idea, la autora identifica muy bien la manera en que Japón giró su política comercial exterior, al pasar de ser un crítico de los acuerdos de libre comercio, de tipo bilateral, a ser incluso su promotor y desarrollar una red de 16 acuerdos, lo que coincide a su vez con la falta de acuerdos de tipo subregional o multilateral en Asia oriental. Además, Tokio da mayor preferencia al comercio con Estados Unidos y Europa antes que a su natural zona de influencia como resultado de las rencillas históricas que dejó el militarismo japonés, cuyo recuerdo sigue afectando la construcción de una identidad colectiva.

En este punto, Solís describe cómo la rivalidad histórica Japón-China ha resultado en un incremento en el poder de negociación de los países de la Ansea, ya que aquéllos han tratado de expandir su comercio, por razones diplomáticas, hacia la región del sureste asiático y formado una competencia que, sin intención, ha disparado el desarrollo económico, el suave poder asiático en toda su expresión.

Sobre la apertura del mercado japonés, la autora pone de relieve dos importantes limitantes: *gaiatsu* o la presión foránea, y *naiatsu* o la presión doméstica. La primera al referirse al contexto regional, a cuya influencia se añade el ámbito interno, donde las diversas facciones políticas y grupos de intereses pueden dar forma a la política comercial de Tokio; un ejemplo es la movilización de 3 000 granjeros para impedir la firma de un acuerdo de libre comercio con Australia, en 2007.

Sobre el último punto que analiza la autora, reconoce a un Japón incapaz de ofrecer lo que los teóricos de los regímenes internacionales y de la estabilidad hegemónica llaman un modelo de régimen comercial; en este sentido, la *gaiatsu*, reforzada con la *naiatsu*, se traduce en restricciones que debilitan la capacidad japonesa de convertirse en un punto focal para la integración de la región (p. 95), sobre todo al momento de competir con China, cuya fórmula de institucionalización y concesiones agrícolas parece contar con más apoyo regional.

En esta misma segunda parte, Juan José Ramírez indaga sobre la relación entre Japón y los países de la Ansea desde lo que él considera una perspectiva diferente: la concepción jurídica de las relaciones internacionales, ya que argumenta que las matrices culturales y religiosas de los países miembros de esa asociación determinan una concepción y una práctica de naturaleza esencialmente jurídico-religiosa (p. 105).

Dado el enfoque que hasta ahora seguían los artículos, resulta particularmente interesante un análisis de naturaleza no económica ni comercial. El autor, por ejemplo, inicia su aporte con una breve reseña histórica del intento de la creación de Mafilindo (p. 104) por parte de Malasia, Filipinas e Indonesia, a causa del vacío de poder que dejó Reino Unido al dar por terminado el periodo colonial.

Un poco vinculado con el texto anterior, Ramírez también identifica a China como una limitante del despliegue de la política exterior japonesa en el sureste asiático; no obstante, añade a Estados Unidos como otra restricción, sobre todo en el ámbito de la defensa.

Sobre el “País del Medio”, el autor expone cómo éste se ganó la confianza de los países de la Ansea por la determi-

nante respuesta que dio frente a la crisis asiática de 1997-1999; Tokio cedía la hegemonía regional a Beijing. Según Edith Terry:

[...] la necesidad de replantear sus estrategias amistosas para con los países de la región llevó a Japón a repensar su política exterior para así ganar apoyo y consenso en la región, especialmente sobre China. Japón sabía que no podría contener a China en un futuro, por lo que optó por la utilización del poder suave para así integrarse en dicho crecimiento.¹

Para el autor, la dependencia militar, y por ende política (p. 119), de Tokio frente Washington impide el completo ejercicio de la política exterior nipona en el sureste asiático, lo que lleva a Japón a debatirse entre respetar los acuerdos pactados con su aliado estratégico o asumir un liderazgo que por derecho le corresponde, al cual se ha visto forzado a renunciar al menos en un par de ocasiones; es decir, ¿*bandwagoning* con el panasianismo o con la hegemonía estadounidense?

Por último, sintetiza el triángulo Japón-China-Estados Unidos en el estudio de las relaciones Japón-Ansea, donde se registran dos doctrinas niponas para con la región: la doctrina Hashimoto (1997-2001) y la doctrina Koizumi (2002-2011), lo que bien podría resumirse en dos ideas: “americanismo” vis a vis asianismo.

La segunda parte concluye con un artículo de Carlos Usanga y Lesly V. Melo, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, que investiga los intentos de Japón de construir su liderazgo aprovechándose del mecanismo de cooperación de Asia del Pacífico (Asia-Pacific Economic Cooperation), en dos sentidos: el papel de Japón y sus posibilidades para rediseñar la ingeniería del esquema regional, así como un seguimiento del valor agregado por Japón a la agenda emergente de 2010.

Para los autores, desde 1945 el Estado japonés adoptó una postura de bajo perfil para la satisfacción de sus prioridades económicas y políticas enmarcadas en su propio interés nacional (p. 154), allende la reconstrucción de la posguerra; sin embargo,

¹ *How Asia got Rich. Japan, China and the Asian Miracle*, Armonk, M. E. Sharpe, 2002, pp. 6-7.

Tokio encontraría en el Asia-Pacific Economic Cooperation, una oportunidad para renovar su liderazgo, gracias a sus aportes en materia de ayuda oficial al desarrollo, los flujos de capital e inversiones, los problemas del desarrollo, y la posibilidad de servir como “puente” entre Asia y Estados Unidos, conforme la idea de Yon Deng (pp. 155-156).

Empero, la crisis de 1997 y la “terrorización” de la agenda mundial después de los ataques a las Torres Gemelas en 2001 limitaron los espacios donde Japón habría podido construir un liderazgo; a esto se añadan las limitantes externas expuestas en el artículo de Mireya Solís. Un ejemplo es la iniciativa nipona de crear un Fondo Monetario Regional Asiático, con clara oposición de Washington.

Así, Uscanga y Melo dan seguimiento al papel de Japón en las cumbres de Singapur (2009) y Yokohama (2010) y con base en la reseña histórica expuesta, y explican el reconocimiento de Tokio de cambiar el mecanismo de cooperación del Pacífico hacia uno más eficaz, sobre todo para enfrentar la recesión financiera global 2008-2010, y también porque el marco del Asia-Pacific Economic Cooperation representa un importante espacio de comercio para el país insular.

Las propuestas de Japón para el encuentro del Asia-Pacific Economic Cooperation en 2010 se fundamentan en cuatro aspectos: integración económica regional, crecimiento estratégico, seguridad humana y cooperación técnico-científica (p. 164). Uscanga y Melo concluyen que la construcción del liderazgo japonés es complicada debido a las tensiones históricas y a la carencia de un proyecto claro para la región, hecho que se evidencia con la emergencia del Trans-Pacific Partnership Agreement, con clara oposición a la idea del Asia-Pacific Economic Cooperation.

En la tercera parte del libro, Romer Cornejo y Abraham Navarro, del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, indagan sobre la relación bilateral entre China y Japón desde una perspectiva constructivista. Al igual que el artículo de Juan José Ramírez, y sin por ello restar importancia al resto de las aportaciones, esta contribución enriquece de manera particular al entendimiento de lo que se podría considerar la relación con mayor fuerza en el este asiático.

Los autores añaden un punto clave al análisis de la rivalidad sino-japonesa, el de las percepciones mutuas; se ejemplifica con la sorpresa de que Japón, considerado un país periférico (*zhoubian guojia*),² superara el poderío militar y económico de la dinastía Qing, lo cual distorsionó el pensamiento chino sobre las relaciones internacionales y sobre todo regionales. La herida de este episodio, sin duda traumático para Asia, parece cicatrizar en los países de la Ansea, pero no en la República Popular China, que no ha aceptado las indemnizaciones del gobierno japonés y para la cual el daño es irreparable. Los autores ejemplifican con la descripción del Memorial de la Masacre de Nanjing (pp. 184-187).

Cornejo y Navarro añaden las percepciones de la opinión pública y la academia occidentales, materializadas en la tesis de la amenaza china, que marcan la dinámica de la relación entre Tokio y Beijing. Por ejemplo, el caso de la isla Pinnacle, lleva a reflexionar sobre si la problemática puede ser resuelta entre las partes de manera por demás sencilla, o si la intromisión de la presencia estadounidense aviva tensiones históricas regionales.

En sus conclusiones, los autores identifican dos tendencias: en lo político y en las percepciones históricas donde la relación sino-japonesa está marcada por la rivalidad, lo que no ha impedido la cooperación y la profunda interdependencia en el campo económico.

José Luis León Manríquez, de la Universidad Autónoma Metropolitana (Xochimilco), estudia la relación entre Japón y las dos Coreas, a partir de los dos objetivos estratégicos del país nipón en la península coreana, a saber: la invariabilidad del statu quo y la independencia plena frente a otros países.

Un poco en la dinámica del análisis constructivista basado en la historia, el autor afirma que el intenso periodo de colonización japonesa —que se manifiesta, por ejemplo, en el sensible tema de la esclavitud sexual de mujeres coreanas por soldados japoneses— profundizó el resentimiento coreano de tal manera que ahora su nacionalismo está definido como oposición a lo japonés (p. 215); a esto se añaden las molestias causadas por

² Como lo expresa Suisheng Zhao en la obra colectiva por él editada: *China-U.S. Relations Transformed. Perspectives and Strategic Interactions* (Londres-Nueva York, Routledge, 2008, pp. 32-33).

las visitas al santuario Yasukuni (en memoria de los “mártires de la guerra japoneses”), las disputas por las islas Takeshima y Dokdo y el contenido de los libros de texto de historia.

Parecido al caso chino, la relación de Japón con Corea del Sur oscila entre el conflicto y la cooperación, ya que la interdependencia económica es muy profunda. Para León Manríquez, a pesar de existir condiciones económicas favorables, no hay voluntad para el establecimiento de un acuerdo de libre comercio; esto podría cambiar mediante el acercamiento gradual, a fin de superar las “sombras históricas”, sobre todo a partir del poder suave coreano, “la onda coreana”.

El nacionalismo queda de manifiesto sobre todo en el caso de Corea del Norte. El autor coincide con David Kang,³ reforzando los argumentos de la defensa de la nación coreana a partir de armas nucleares y maniobras militares que Pyongyang despliega como ejercicio de poder duro. Para el autor, Tokio busca un acercamiento por razones geopolíticas; no obstante, las presiones internas, la rigidez del régimen norcoreano y el sensible caso de los secuestros a ciudadanos japoneses hacen muy difícil la normalización de las relaciones. León Manríquez concluye que la relación de las Coreas con Japón está determinada por la situación del colonialismo en la península, sin que haya claros avances hacia una mayor cooperación, aunque se manifiesten signos de ello.

Concluye la tercera parte Francisco Javier Haro Navejas, de la Universidad Autónoma Metropolitana (Iztapalapa), quien analiza la heterodoxa relación entre Japón y Taiwán a partir de la imposibilidad de lograr un acuerdo de libre comercio, máximo del estatus político internacional al que ha sido sometido Taipéi por Beijing, lo cual denota, una vez más, que el eje de las relaciones en el este asiático está siendo China.

Haro Navejas afirma que la relación Tokio-Taipéi es una de las más intensas de Asia oriental, aun cuando es más importante para el segundo que para el primero; identifica los puntos nodales por los cuales Japón no puede dejar pasar desapercibida a la isla: su situación geopolítico-militar multidireccional entre China-Estados Unidos-Japón, sus profundos nexos histórico-

³ “They Think They’re Normal: Enduring Questions and New Research on North Korea—A Review Essay”, *International Security*, vol. 36, núm. 3, invierno 2011-2012, pp. 163-164.

culturales con Okinawa (Japón) y Fujian (China), además de su naturaleza competidora-aportadora a los procesos de integración regional (p. 243).

Asimismo, se identifica la triple naturaleza de la relación: de informalidad política, diplomacia virtual y relación sustantiva (p. 243), lo que ha llevado a su vez a la exploración de relaciones, más que internacionales, transnacionales, interés en los grupos empresariales y vínculos culturales. Finalmente, el autor subraya el deseo utópico de suscribir un acuerdo de libre comercio, aun cuando las relaciones comerciales se profundizan cada vez más, ligadas a las culturales, como la expresión artística que conlleva el turismo y el cine.

Carlos Uscanga cierra la obra colectiva con siete importantes consideraciones finales: 1) la materialización de los acuerdos de asociación económica como ampliación de los procesos de negociación bilateral y multilateral en materia de comercio, 2) el reconocimiento de Japón como actor importante en materia de flujos de capital; 3) la naturaleza múltiple de las relaciones sino-japonesas; 4) la estrategia múltiple de Tokio hacia la península coreana; 5) el mantenimiento del statu quo en el estrecho de Taiwan; 6) la permanencia de una activa (aunque limitada) política exterior nipona en el sureste asiático, y 7) la falta de aprovechamiento por parte de Japón para construir un liderazgo regional.

Este libro ofrece un análisis puntual para comprender la realidad de uno de los actores más importantes del este asiático. La obra presenta análisis multidisciplinarios en los que prevalece el enfoque económico, la historia y la perspectiva jurídica, que enriquecen mucho la comprensión del texto. Aun cuando se presentan textos un poco atrasados, como el de Mireya Solís, en general, *Japón ante la nueva configuración de Asia del Pacífico: proactividad y reactividad ante un orden internacional fluido* es una lectura obligada no sólo para comprender las relaciones de Japón en el ámbito regional, sino también para entender la región en su conjunto.

EDUARDO TZILI APANGO
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

ISHITA BANERJEE-DUBE Y SAURABH DUBE (eds.), *De lo antiguo a lo moderno. Religión, poder y comunidad en la India*, México, El Colegio de México, 2011, 579 pp.

Este libro editado por Ishita Banerjee y Saurabh Dube se presenta como un homenaje a David Lorenzen, cuyos trabajos e investigaciones a lo largo de su prolífica e influyente carrera académica no sólo han sido innovadores y provocativos sino que también han abarcado un amplio abanico de temas, pasando por varias etapas históricas. Haciendo honor a esto, los editores nos presentan una serie de ensayos escritos por distinguidos autores especialistas en el tema, que intentan cubrir las diferentes áreas y asuntos que han interesado y en los cuales ha trabajado David Lorenzen durante su carrera. Bajo esta lógica y haciendo honor al título del libro, los editores se preocuparon por presentar los ensayos de cierta manera cronológica, empezando con discusiones acerca de la religión puránica, pasando por algunos poetas religiosos medievales y terminando en Gwalior en pleno siglo XXI; es decir, el libro se presenta como una lectura que pasea su mirada de lo antiguo a lo moderno.

El ordenamiento cronológico y la reunión temática en torno de los intereses de David Lorenzen dan un cierto sentido unitario a este volumen compuesto de trece artículos; no es lo único que da sentido de unidad, pues lo da también el compromiso de los autores por la revisión crítica de conceptos e ideas anquilosadas, de verdades jamás puestas en entredicho y de sujetos inmaculados. La intención expresa de los editores ha sido la de contribuir a la discusión acerca de los conceptos de religión, poder y comunidad y sus imbricaciones. La religión, en la manera en que es tratada por los editores, no es un ámbito cerrado y restringido sólo a la esfera de lo sagrado o de lo ritual; es tratada más bien como prácticas situadas en el mundo social, atravesadas por el poder, que no es sólo autoridad sino formación de sujetos y regímenes: la apuesta teórica de los editores y de los colaboradores presentados es la de abrir los conceptos a la discusión a través de una lectura y una exposición críticas.

En los primeros dos ensayos, Romila Thapar y R. Champakalakshmi se ocupan de los procesos de fijación de los

puranas, ligados a la construcción de una autoridad legítima. Thapar liga este proceso de fijación puránica con la defensa y construcción de lo que era el *dharmā* védico y lo que era una herejía, basado más en la observancia del sistema del *varna* en la sociedad que en un cuidado real de los preceptos del *dharmā* védico. Por su parte, Champakalakshmi argumenta que la figura de Shankara —no tan importante en su tiempo, según ella— fue clave para el desarrollo, a partir de Vijayanagara, de una religión más homogénea que pudiese superar las ideologías y formas locales de autoridad. David Gordon White hace una crítica al concepto de yogui visto como un calmado asceta, y muestra cómo en textos importantes de la tradición yoga y sánscrita se liga al yogui con la figura de un guerrero. De igual manera, en las tradiciones populares el yogui es más un extraño aterrador que un pacífico *sadhu*. El autor realiza un recorrido iconográfico por varias culturas en busca de imágenes de presuntos ascetas, con la finalidad de mostrar que en varias culturas y varios momentos las figuras de hombres con piernas cruzadas y en posición de loto son más una alegoría real que una ascética. En realidad, este recorrido contribuye poco a su argumento, pues los ejemplos son escasos y de cualquier manera regresa a la discusión en el contexto del sur de Asia, donde puede apoyarse en otras fuentes, como la budista. Por su parte, igualmente en una crítica a las nociones comunes, Preciado Solís encuentra que las imágenes violentas y crueles de la literatura budista tántrica no son una integración posterior de magia negra al budismo tántrico, sino que surgen en el budismo ortodoxo y tienen su anclaje en las categorías de la tradición estética del *rasa* indio.

A caballo entre la edad media y la era moderna, Purushottam Agrawal y Linda Hess hacen una lectura de las figuras de Ramanand y Kabir, respectivamente, para mostrar cómo su construcción en los siglos XIX y XX servía más para legitimar cierta posición política, en el caso de Ramanand, y la permanencia, duración y cohesión de una comunidad religiosa, en el caso de Kabir. El ensayo de Ishita Banerjee aporta un análisis de los supuestos y los procesos en los cuales se funda la pretendida naturaleza inalterada de la lengua oriya; observa cómo se crea una identidad comunitaria a través de

múltiples dinámicas, como un distanciamiento, consciente y equidistante, de lo moderno y de la cultura sánscrita, y todo esto se teje en un entramado de literatura y religión que, según Banerjee, ha tenido un papel fundamental en las construcciones de identidades oriya. A través del análisis del movimiento Mahima Dharma y de la figura de Bhima Bhoi, la autora nos señala los intrincados procesos sociales, pero también políticos, que se encuentran en la escritura de los pasados y del presente, visto en la figura de Bhima Bhoi, que gana más prestigio en el siglo XX porque encarna justamente los valores de los cuales el oriya, como lengua y como identidad, se sirve para demarcarse de otros.

Otros ensayos tratan acerca del poco trabajado tema de los misioneros en India. Ines G. Zupanov provee un detallado análisis —toma como caso a Paulinus a S. Bartholomaeo— acerca de las actitudes del saber misionero sobre los objetos y lenguas de India: el saber misionero debía comprobar lo que decía la Biblia; esto hizo que incluso sus investigaciones cercanas en carácter a las de los orientalistas ingleses no fuesen tomadas en cuenta por el orientalismo académico europeo que se perfilaba en el horizonte. También sobre el saber misionero, pero esta vez comparándolo con el saber orientalista, Thomas R. Trautmann se cuestiona, en el marco de la supuesta victoria del saber orientalista sobre el misionero, si acaso los dos tipos de saberes eran totalmente opuestos, sobre todo en el contexto de la discusión sobre la educación moral de los indios.

Saurabh Dube propone una nueva lectura de los relatos de los conversos cristianos en India. Argumenta que a pesar de que estos escritos siguen un patrón ya dado, existe una singularidad y contradicciones en ellos que hablan de las distintas narrativas, coloniales y vernáculas, que permiten observar las limitaciones de las concepciones comunes sobre la conversión. Toma como ejemplo el caso de un brahmán convertido al cristianismo, donde dos narraciones destacan el proceso de la conversión obedeciendo a razones diferentes: el relato del misionero describe la conversión del brahmán como un espejo de la Misión, y la escrita por su hijo, más bien anclada en su experiencia y estatus de brahmán altamente letrado; es decir, basado en las habilidades propias del converso. Pero también toma otro

ejemplo, el de un *adivasi* común que encarna en su relato la contradicción y las tensiones internas de lo cotidiano, para romper con las concepciones dominantes de la conversión. Lo interesante del artículo es que su alcance no se queda en la crítica a los relatos misioneros y los conceptos dominantes de la conversión, sino que el autor ve en estos conceptos dominantes la cristalización de la condición de la modernidad y del mundo contemporáneo: un actor que se determina a sí mismo y la resonancia de la historia universal en la vida individual. La crítica a las versiones autorizadas de la conversión se vuelve entonces una crítica a la escritura y la narrativa dominantes de las historias de vida en un entorno colonial, donde éstas no pertenecen exclusivamente a la narración colonial o vernácula, sino que son un entramado de ambas, no como un sincretismo sino como una contradicción inherente que no se resuelve y que aparece en estos relatos que supuestamente siguen los lineamientos de la conversión autorizada.

Los ensayos de John Stratton Hawley y Frank Conlon echan mano de la discusión sobre tradiciones inventadas o la forma “construccionista” de la cuestión sobre la invención del hinduismo, haciendo referencia a la distinción que hiciera David Lorenzen en su ensayo “Who invented hinduism?”. John Stratton Hawley explora la construcción de la universalidad del hinduismo en dos libros de textos, comparándolos y poniéndolos en contexto; argumenta que la primacía de un texto sobre otro tiene que ver con que uno —escrito en inglés frente al otro escrito en hindi— prevalece por la proyección que da al hinduismo como una de las religiones del mundo, superando un marco meramente regional encontrado en el texto en hindi. Frank Conlon, al criticar los puntos de vista acerca de la tradición como mera invención, invita a reflexionar sobre la manera en que era usado un concepto en un ámbito específico; muestra que el concepto de casta no sólo fue utilizado por los funcionarios de la Compañía, sino que también tuvo un desarrollo paralelo en las comunidades indias. Finalmente, David Gold nos presenta un relato etnográfico acerca de las condiciones de vida, el entretejido sociocultural y las percepciones en torno de la comunidad, la casta, la clase social y sus implicaciones en la vida cotidiana en una calle de la India contemporánea.

El libro proporciona un mosaico interesante de temas y, aunque se antojen muy específicos, puede ser de interés para investigadores e intelectuales de otras áreas por la postura crítica que adoptan los autores en sus ensayos; de hecho, la misma introducción redactada por los editores es un interesante esfuerzo teórico por sintetizar y explicar conceptos y categorías —como religión— a la luz de desarrollos contemporáneos y siempre con un compromiso por la lectura crítica y la apertura al diálogo.

EDUARDO L. ACOSTA
El Colegio de México

LIAM ANDERSON Y GARETH STANSFIELD, *Crisis in Kirkuk: The Ethnopolitics of Conflict and Compromise*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2009, 298 pp.

Crisis en Kirkuk es de los pocos estudios comprensivos y actualizados sobre la situación política en Irak y la disputa por el control de la provincia de Kirkuk. La contienda por la administración de los hidrocarburos, la solución de los territorios en disputa y la Constitución de 2005 son algunos factores que convergen en este distrito ubicado en el norte de Irak, cuya importancia es crucial pues involucra otros procesos clave para el funcionamiento político e institucional del Estado diseñado tras la caída de Saddam Hussein.

La propuesta de Anderson y Stansfield entiende el conflicto en Kirkuk como la lucha entre visiones incompatibles sostenidas por las tres principales comunidades étnicas de la provincia: los árabes, los turcomanos y los kurdos. Aunque la argumentación de la obra trasciende los análisis más sensacionalistas o convencionales, no logra superar del todo la perspectiva que sitúa el principal móvil político de la población local en relación directa con su adscripción étnica, lo cual es algo ya desestimado en otras propuestas que no atribuyen la lealtad política al factor étnico.

Desde la parte introductoria, los autores se comprometen a tomar en cuenta las divisiones y la diversidad interna de los

grupos; no obstante, a lo largo del libro esta consideración es pasada por alto. En cambio, hay un sesgo que constantemente trata la cuestión de la etnicidad desde la perspectiva que ve en las comunidades étnicas, e incluso religiosas, monolitos constituidos que no presentan fisuras. Al mismo tiempo, la investigación desestima el hecho de que el equilibrio se ha mantenido estable entre los diferentes actores e intereses involucrados en Kirkuk y, en comparación con otras ciudades y regiones de Irak, no se han observado escenarios de violencia etnosectaria generalizada.

A lo largo de sus cuatro capítulos se identifica el eje analítico de la investigación, que se construyó a partir de tres líneas de argumentación.

En primer lugar, los autores reconocen que la presencia del petróleo ha permeado la mayoría de los desarrollos en la historia moderna de Kirkuk; no obstante, precisan que los problemas surgidos a partir del contexto posterior a la invasión estadounidense poco tienen que ver con la cuestión de los hidrocarburos. El aporte de Anderson y Stansfield en este sentido es trascendente, pues con ello desafían el argumento convencional construido respecto a Kirkuk, que simplifica la disputa por su control como una lucha por el petróleo. Por otra parte, el análisis contradice otra línea de argumentación que relaciona el control de los hidrocarburos en Kirkuk con aspiraciones secesionistas de los kurdos y como paso previo para declarar la independencia. La idea es desechada fácilmente en la medida en que se expone cómo la separación de Irak no está en la agenda política de los kurdos ni es una línea de acción popular para sus líderes en el mediano plazo.

Otro tema importante es la cuestión demográfica. Utilizando los datos del censo de 1957 realizado en la provincia y los resultados de las elecciones federales de diciembre de 2005, los autores buscan establecer patrones certeros sobre la realidad demográfica en Kirkuk y, a partir de ello, ofrecen tres conclusiones al respecto. Primero, de acuerdo con la comparación de la tasa de nacimiento de los kurdos y el hecho de que el censo fue elaborado antes del proceso de arabización, se establece la naturaleza “kurda” de la ciudad, en tanto su población ha sido la más numerosa. Segundo, la restauración de las fronteras de

Kirkuk al periodo pre-Ba'ath otorgaría a los kurdos una cómoda posición mayoritaria en la ciudad. Tercero, los autores definen a los turcomanos como la etnicidad, o identidad étnica, que históricamente ha sido la más pequeña en la ciudad y en la provincia; aclaran que si bien sus conclusiones muestran a los kurdos como mayoría, de ninguna manera significa que un Kirkuk restaurado a sus fronteras previas se traduzca en un voto de la población a favor de anexarse a la región kurda, en caso de que algún tipo de plebiscito fuera el mecanismo para resolver la disputa.

Finalmente, los autores matizan la noción convencional sobre el balance de poder político y la "hegemonía" kurda en todas las posiciones de toma de decisión en la provincia. Esta aclaración resulta pertinente para entender las formas de negociación política en Kirkuk y desmitificar la visión que sitúa a los árabes y turcomanos totalmente excluidos del acceso al poder desde la caída del régimen anterior. En total desacuerdo con la percepción anterior, el argumento señala que el poder ha sido compartido entre los grupos étnicos en desigual proporción respecto al número de población y porcentaje de escaños obtenidos en las elecciones provinciales y, por lo tanto, el tamaño de la población en términos étnicos no ha definido del todo el reparto de los puestos administrativos en la provincia.

El concepto y noción de compromiso es el aporte más valioso que plantean los autores del libro para el entendimiento entre los diferentes actores involucrados y como propuesta para solucionar la crisis en Kirkuk. Anderson y Stansfield son explícitos en advertir los peligros que entraña utilizar formas extremas de reparto del poder basadas en cuotas étnicas predefinidas, o que los reclamos de un grupo étnico prevalezcan sobre el otro. Por lo tanto, su propuesta es establecer dos planos de negociación respecto a Kirkuk. El primero relacionado con la ubicación administrativa de Kirkuk, ya sea dentro o fuera de la región kurda, y el segundo que involucra su gobernanza: reparto equitativo del poder entre las comunidades o control mayoritario de los kurdos. En este sentido, el verdadero compromiso significaría que cada parte otorgara concesiones en alguna de estas dos dimensiones, pero ni los kurdos ni sus adversarios, árabes y turcomanos, pueden esperar obtener

beneficios en ambos planos durante el proceso de negociación y regateo del poder político.

En conclusión, tanto en el planteamiento como en la argumentación es evidente un sesgo positivo hacia los reclamos kurdos, en la medida en que los autores subrayan la legitimidad histórica que les otorga su papel como mayoría étnica en la provincia y, en consecuencia, la validez de denominar a Kirkuk ciudad "kurda". Por lo tanto, el análisis no logra consolidar una línea objetiva, al favorecer la causa kurda en detrimento del resto de las comunidades. A pesar de estas deficiencias, la argumentación es valiosa en dos sentidos: cuestiona una serie de percepciones convencionales en relación con el papel de los kurdos en Kirkuk y, también, es una herramienta imprescindible pues esclarece cuáles han sido los términos y alcances de la negociación política y establece nuevas formas para resolver el conflicto.

JUAN CARLOS CASTILLO QUIÑONES
El Colegio de México

